

para la conservación y difusión del patrimonio historicocientífico español. Sin la edición de fuentes y catálogos de colecciones bibliográficas como la del Hospital San Juan de Dios de Granada, no es posible realizar una investigación científica seria. Esperamos que éste no sea un hecho aislado en nuestra comunidad historicomédica.

JUAN ANTONIO MICÓ NAVARRO

Juan Luis GARCÍA HOURCADE; José Manuel VALLES GARRIDO (1989). *Catálogo de la biblioteca dieciochesca del Real Colegio de Artillería de Segovia. Fondos de los siglos XVI, XVII y XVIII hasta 1808. I. Libros científicos*. Segovia, Academia de Artillería de Segovia, 233 pp. ISBN: 84-505-8394-2.

El Colegio de Artillería de Segovia, fundado en 1764 con el fin de formar militarmente a los hijos de la nobleza española, fue el resultado de la fusión de las Escuelas de Artillería de Cádiz y Barcelona. De forma ininterrumpida mantuvo su actividad hasta 1808. La Guerra de la Independencia obligó a su traslado a Palma de Mallorca (1808-1813). Vuelto a Segovia, el Colegio permanecería en este destino hasta 1823, en que peregrinó a Badajoz. Finalmente, volvió a su primitiva ubicación en 1839. Un importante incendio en 1862 motivó su traslado a su actual emplazamiento.

Uno de los aspectos mejor conocidos de la historia de esta institución es su participación en la introducción de la química moderna en España, gracias a la meritoria labor llevada a cabo por el químico francés Luis Proust, que enseñó esta materia en el Colegio segoviano entre 1792 y 1798. Al siguiente año Proust marchó a Madrid para hacerse cargo de una nueva cátedra de química resultante de la fusión de las del Colegio de Segovia, la de la Escuela de Física, Química y Mineralogía y la del Laboratorio Real.

García Hourcade y Valles Garrido nos ofrecen en esta monografía el catálogo de los fondos científicos, impresos y manuscritos, de la biblioteca del Real Colegio de Artillería de Segovia. Se nos muestran interesantes materiales que contribuirán en un futuro a un mejor conocimiento de tan singular centro ilustrado.

La obra está dividida en tres capítulos y tres apéndices documentales.

Una introducción (capítulo I) ayuda al lector a enmarcar la biblioteca en la historia de la institución. Los sucesivos traslados que experimentó a lo largo de su vida y el gravísimo incendio de 1862 dan razón más que suficiente de la actual parquedad de sus fondos científicos. Este capítulo prologal está centrado fundamentalmente en la historia de la biblioteca. Hubiera sido deseable, además, un estudio analítico —por ej., materias, autores, lugares de impresión etc.— de los fondos conservados (es decir, aquellos que se catalogan en el capítulo segundo). La escasa presencia de

obras de química en la actual biblioteca, además de por las razones que los autores aducen en su introducción —comunes, por otro lado, a las demás ramas científicas— se explicaría por el desmantelamiento del laboratorio y de la biblioteca de química, llevado a cabo por Proust cuando abandonó Segovia en 1799 para hacerse cargo de la cátedra madrileña que anteriormente mencionábamos. La cátedra de química tenía carácter de escuela pública, subvencionada por el Gobierno y, por tanto, en cierta manera independiente del Colegio. Esta razón explicaría, también, porqué en el Catálogo de 1798, que reproducen los autores de este libro en el capítulo tercero, apenas existan obras de química.

El capítulo segundo (pp. 29-132) ofrece la relación del fondo científico que actualmente se conserva. A pesar de las duras condiciones por las que históricamente ha pasado la biblioteca, el catálogo que reseñamos registra la existencia en el momento actual de 284 entradas de obras referentes a matemáticas, astronomía, física, química e historia natural, algunas de ellas duplicadas, pertenecientes a dos centenares de autores, haciendo un total próximo a los quinientos volúmenes, de los cuales ocho son manuscritos. Puesto que los autores de este libro no especifican los criterios catalográficos seguidos, se observan varias incorrecciones, algunas de ellas de orden doctrinal, que conviene señalar. Por ejemplo, el *ítem* 218 [(MUNARRIZ), Juan Manuel. Trad. *Arte de fabricar el salino y la potasa etc...*] debería haberse alfabetizado por Antoine-Laurent Lavoisier, pues Munárriz fue el traductor de este estudio original del químico francés. Se hubiera respetado, así, el criterio sostenido por García Hourcade y Valles Garrido en otras entradas, por ejemplo el *ítem* 184, en la que el *Tratado Elemental de Química* de Lavoisier, traducido por el mismo Munárriz, es alfabetizado por el autor y no por el traductor. También hubiera sido deseable una mayor uniformidad a la hora de transcribir los nombres de los autores. Por ejemplo, Leonhard Euler aparece además como EULERO, Leonhardo, EULERO, Leonhard, y EULER, L. En catálogos de estas características es habitual poner en nominativo latino los nombres y apellidos de los autores que habitualmente aparecen en las portadas en genitivo. Por ejemplo WOLFIUS, Christianus en vez de WOLFII, Christiani; o mejor todavía, WOLFF, Christian Friedrich von (*ítem* 283). Por otro lado, algunas de las entradas referencian más de una obra, del mismo autor (por ejemplo, *ítem* 113), o de diferente(s) (*ítem* 245, que contiene tres tratados, dos de René Antoine Réaumur, y el tercero del Marqués de Courtivron y de M. Bouchu, con una cuarta parte original de Swedemborg). En ambas situaciones hubiera sido conveniente dedicar entradas independientes a dichos tratados. Es evidente, también, una gran disparidad en la transcripción de los nombres de los autores. La consulta sistemática de obras de referencia histórico-científicas, repertorios bio- y bibliográficos, y catálogos de bibliotecas, hubiera permitido a los editores de este catálogo completar los patronímicos y las fechas de nacimiento y muerte de los autores indizados.

El tercer capítulo —«Relación de libros que formaban la biblioteca del Real Colegio de Artillería de Segovia en 1798, referentes a matemáticas, astronomía, física, química e historia natural»— transcribe íntegramente la parte científica de un catálo-

go de 1798, que se conserva manuscrito en la biblioteca del Colegio, y que recoge información de casi setecientas obras y más de dos mil volúmenes (*ítem 244*). En este apartado se relacionan, por un lado, los riquísimos fondos hemerográficos de que dispuso el Real Colegio (cerca de dos mil tomos de revistas de varias sociedades y academias ilustradas europeas). De esa hemeroteca se conservan apenas media docena de volúmenes de la *Histoire de l'Académie Royale des Sciences* de París (*ítem 2 a 6*), de la cual consta que el Colegio segoviano poseyó una colección completa desde 1666 a 1788 (95 volúmenes). Pocos centros españoles de la época dispusieron de un fondo de revistas tan rico como el del Colegio segoviano, salvo —quizás— el Observatorio de la Marina en San Fernando (Cádiz). Las obras *anónimas* se listan en epígrafe aparte (ocho); se incluye, finalmente, una relación de títulos ordenada alfabéticamente por autores. Para facilitar al lector la identificación de los mismos, García Hourcade y Valles Garrido han incluido notas aclaratorias a pie de página, que son de agradecer. Lástima que no hayan sido exhaustivos en estas aclaraciones a lo largo de toda la obra, sobre todo en lo tocante a tratados publicados en otros idiomas. Los autores de esta obra han cotejado los libros del catálogo de 1798 con los fondos existentes en la biblioteca actual del Colegio, a fin de objetivar las pérdidas que históricamente ha tenido el centro.

Los tres apéndices (pp. 199-232) son muy interesantes. En ellos se señalan los fondos bibliográficos de otras academias de Artillería (Cádiz y Barcelona, 1754 y 1756, respectivamente), la Real Sociedad Militar Matemática de Madrid (1756) y las *Écoles* de Valence (1785) y Estrasburgo (1789). Se evidencia claramente la superioridad del Colegio segoviano sobre todas ellas y, por tanto, el empeño de la monarquía española de dotarse de un centro militar riguroso en la formación de sus cadetes.

Se echan en falta los habituales índices en catálogos de este género: de autores, de traductores, editores y/o comentaristas, de lugares y años de edición, y de materias.

Independientemente de las críticas que hemos realizado sobre algunos aspectos formales de este libro, estimamos que García Hourcade y Valles Garrido han realizado una importante labor al ofrecernos el catálogo de una institución central en el proceso de renovación de las ciencias físico-matemáticas en la España de la Ilustración. Serían de desear más estudios de este tipo, que nos permitirían hacernos una idea más cabal del empeño renovador de los Borbones españoles en la segunda mitad del siglo XVIII.

GUILLERMO OLAGÜE DE ROS